

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Yucrocarril, 20, ILLIM

J. Horta, impresor. Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 228

25 cts.



**ECHANDO
CHISPAS**

FOR
Monte Blue,
Patsy Ruth Miller,
etc.

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción (Vía Layetana, 12
Administración (Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 228

ESBANDO CHISPAS

Deliciosa comedia frívola, maravillosamente interpretada por el simpático y célebre actor MONTE BLUE y la encantadora PATSY RUTH MILLER

Edición WARNER BROS.

PROGRAMA EMPIRE
VERDAGUER
CONSEJO DE CIENTO, 290
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
EUGÈNE O'BRIEN

Después, los dos jóvenes no se volvieron a ver.

Y desde aquel día aciago, Alfredo renunció por completo a los vehículos de muchos caballos, considerando que con uno le bastaba y sobraba para matarse en un momento de distracción. De modo que se había transformado en jinete. Sin embargo, para librarse del terror que ahora le causaban los automóviles, leía y releía los consejos que se daban en un libro a tal propósito.

Ese volumen se titulaba:

COMO VENCER EL MIEDO A LOS AUTOMOVILES

Y uno de sus párrafos decía:

“No hay mejor procedimiento que la autosugestión. Por lo tanto bastará repetir en alta voz, miles de veces: “¡Ya no tengo miedo a los autos! ¡Ya no tengo miedo a los autos!”

Consultando el libro estaba Alfredo, sentado a la sombra de un árbol y apoyado en su tronco, cuando una ventada le puso en sus propias manos una página de periódico, que se dispuso a leer. Apenas lo hizo, detúvose con gran sorpresa en un artículo acompañado de un retrato de mujer.

Era una nota de sociedad, con la siguiente comunicación:

La señorita Elisabeth Lowden ha regresado de Europa. Como recordarán nuestros lectores, la señorita Elisabeth es hija del digno jefe de policía que ha sido destinado a Hazelhurst, lugar de reunión de los millonarios.

Alfredo, contemplando la fotografía publicada en el periódico, recordó... y revivió la escena del choque contra la apisonadora en plena avenida.

La del retrato era la señorita galanteando a la cual perdió Alfredo el mundo de vista para ver las estrellas del otro mundo...

¡Qué bonita era la joven! ¿La volvería a ver, y se acordaría de él?

Pero recordando también el terror que le inspiraban los automóviles desde entonces, volvió a recitar el consejo del libro para autosugestionarse: — ¡Ya no tengo miedo a los autos! ¡Ya no tengo miedo a los autos!

En tal momento, como surgido de las entrañas de la tierra, un automóvil deteníase a un paso de Alfredo, obligándole, muerto de espanto, a encaramarse al árbol que le servía de respaldo de sillón.

El que iba en el coche era Jorge Taylor, amigo de la infancia de Alfredo. Sabiendo que estaba en el monte, había ido en su busca, descubriéndolo gracias al caballo.

—¡Ya no tengo miedo a los autos! — había vuelto a gritar Alfredo.

Pero lo cierto era que aún les tenía pánico y algo más y todo.

Jorge, su camarada, se echó a reír al verle en una rama del árbol, y comentó:

—Es indudable que el hombre desciende del mono...

—¡Ah! ¿Eres tú, Jorge? ¡Podías avisar, camarada!

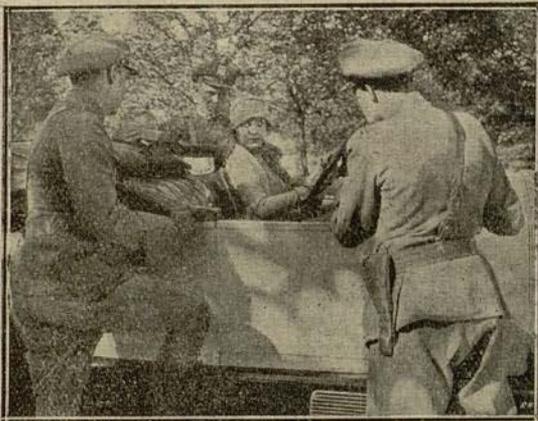
—Deberías estar soñando.

—¿Y qué quieres de mí?

—Proporcionarte el gusto de una gran carrera...

Ven, quiero que pruebes mi ochenta caballos. Míralo. Me clasificué primero en el club de los cien kilómetros.

—Has perdido el tiempo, Jorge. ¡Ni ofreciéndome todo el oro del mundo lograrías que yo subiera a una de esas máquinas infernales!



...tuvo que aceptar tres denuncias de otros tantos agentes.

—Pero... ¿por qué, Alfredo?

—Con un caballo me sobra. Napoleón no necesitó más para conquistar el mundo... Te acuerdas, ¿verdad?

—Chico, me preocupan tus manías. El mejor día te vemos en un sanatorio...

—Oye... oye... Es que...

—Vamos, hombre... Por un simple chichón no renuncia uno a su deporte favorito. ¡Abur!

—¡Vete con el diablo!

A poco, Alfredo se disponía a regresar a la ciudad.

Por la carretera, Elisabeth, conduciendo su potente coche, se aprovechaba de la circunstancia de que su padre ejercía el cargo de jefe de policía, para dejar malparadas las leyes condenatorias del exceso de velocidad.

El automóvil de la linda joven volaba, y a duras penas podían darle alcance las motocicletas de los agentes de tráfico. Una de las veces que fué obligada a detenerse para atender a la policía, tuvo que aceptar tres denuncias de otros tantos agentes. Pero lo mismo le daba una que ciento.

Alfredo, cabalgando tranquilamente, se vió de súbito en el terrible trance de salvarse de la persecución de un automóvil, y en su desenfrenada carrera tropezó con la rama de un árbol que reverenciaba a los caminantes, cayendo al suelo.

El *auto*, involuntario causante de la desgracia, se detuvo, y al ver, a través de su ligero desmayo, a quien se acercaba para auxiliarle, Alfredo abrió enormemente los ojos, y dijo:

—¿Otra vez usted? Es casual que siempre que la veo reciba un batacazo de pronóstico.

Elisabeth, pues era ella, no pudo menos de reírse, pero como Alfredo volvía a desmayarse, le ayudó a acomodarse en su automóvil, a su lado.

Dos desconocidos observaron lo que hacía Elisabeth, y ésta, al hacerse cargo de Alfredo, les dió su tarjeta.

A continuación, el coche de la temeraria joven se lanzó carretera adelante a toda velocidad.

Mientras, uno de los dos desconocidos leía para sí y para su compañero la tarjeta de Elisabeth, en la que figuraban su nombre y apellido; y dijo:

—Esta es la hija del jefe de policía... una cara que no hemos de olvidar... por si nos reciben mal en esta ciudad...

Como setas después de lluvia, los agentes de tráfico salían de ambos lados del camino, para perseguir el automóvil conducido por Elisabeth, que de tan osada manera se burlaba de las ordenanzas.

Alfredo volvía a poco en sí, y echando un vistazo a los cuatro puntos cardinales, creyó enloquecer de miedo al verse a dos pasos de la muerte a cada instante; y ni el placer de sentir a su lado a la bella joven lograba calmarle.

—¡Por Dios y por todos los Santos... quite usted gas! — le suplicaba cubriéndose el rostro para no ver a la Parca. (No confundir con la Paca, la cocinera y mecanógrafa de don Hermelando.)

Pero Elisabeth desoyó la súplica, y su coche parecía un bólido, sudando la gota gorda los agentes para perseguirlo de lejos.

En tanto, el señor Lowden, padre de la rebelde y jefe de policía, era también un entusiasta del golf.

El coronel Bogey, su mejor amigo, estaba en su despacho de la delegación, esperando que terminase su trabajo para ir con él al campo de golf, pues sentía tal pasión por ese juego, que no se podía acostar tranquilo cuando no había podido jugar al mismo un par de horas...

El señor Lowden firmó unos papeles, dió algunas

órdenes, y luego decidió dar por listo su trabajo, diciéndole al Coronel:

—¿Vamos, amigo, a jugar nuestra partidita?

El militar se levantó con rostro alegre; pero el jefe de policía, hojeando un periódico que le acababan de traer, leyó el siguiente suelto:

EL JEFE DE POLICIA ES DEMASIADO INDULGENTE

Cuando se trata de su hija, el señor Lowden deja que se burlen todas las leyes del tráfico y de la velocidad...

El que la Prensa criticase su conducta como funcionario público, indignó al señor Lowden, que era escrupuloso cumplidor de su deber.

Era cierto que se había extralimitado con su hija, disculpándole varias veces, más de la cuenta, su debilidad por las carreras... kilométricas, pero de aquel día en adelante no volvería a ceder.

Precisamente, iba a tener ocasión de demostrar que él era partidario, ahora más que nunca, de aplicar el código a todos los delincuentes por igual.

En efecto, Elisabeth acababa de llegar a la puerta de la delegación, y casi al propio tiempo que ella lo hicieron, gracias a un sobrehumano impulso para no quedar en ridículo delante de sus compañeros, tres o cuatro agentes, que volvieron a extenderle papeletas de denuncia.

El jefe de policía, avisado, salió a recibir a su hija, alrededor de la cual y de su coche se había aglomerado mucho público.

Como la encontrase rodeada de agentes de tráfico, y éstos le entregaban, respectivamente, sus denuncias, el señor Lowden le dispensó una acogida capaz de helar a una foca.

—¡Otra vez detenida por exceso de velocidad! Pero, ¿es que no acabaremos nunca, hija? — exclamó furiosamente.

—¡No te enojés, papá! ¿No ves que este joven está herido? ¡Cómo iba a tomármelo con calma!

Alfredo estaba en pie frente al jefe de policía. El no estaba herido, ni mucho menos. Sin embargo, Elisabeth insistió en que debía ser auxiliado inmediatamente por los enfermeros de la delegación, y bajo una orden suya presentáronse dos de ellos con una camilla.

Alfredo miraba con sorpresa a Elisabeth, y se resistía a dejarse colocar en la camilla, pretextando darle una explicación al jefe de policía.

—¡No me contradiga usted! — le dijo, aparte, la joven.

—Pero es que yo...

—¡No me haga quedar mal! ¡Hágase el muerto!

Por tres veces los enfermeros se llevaron al según Elisabeth "agonizante", pero otras tantas veces Alfredo volvió al lado de ella y del jefe de policía, con quien deseaba cambiar algunas palabras.

Al fin el jefe, amoscado por el juego de su hija con el falso herido, dió un puñetazo en el aire, para demostrar su enfado, y gritó:

—¡Se agotó mi paciencia y no quiero que me tachen de parcial! ¡A la cárcel como cualquier hija de vecino, y se acabó!

Alfredo, viendo la cosa tan seria, se adelantó al jefe y le dijo:

—Si su hija va a la cárcel, yo debo acompañarla... Hemos cometido la misma falta.

El señor Lowden se encogió de hombros.

—No tengo inconveniente. Hay sitio para los dos y aun sobran celdas — le respondió.



Alfredo trató de disculpar a Elisabeth delante del policía.

Entraron los tres en el despacho del comisario de guardia, y el jefe de policía, presentando a los dos detenidos, dijo a aquél:

—Olvide que se trata de mi hija y cumpla usted estrictamente su deber.

Luego desapareció hacia su gabinete, que lindaba con el del comisario.

Alfredo trató de disculpar a Elisabeth delante del policía.

—Pues no ha sido nada, señor comisario... Un ligero olvido de las ordenanzas... Yo creo que...

En tanto, Elisabeth adoptaba una postura de niña enfadada que al agente no le agradó ni poco ni mucho, menos mucho que poco.

—Si a usted le parece, señor comisario... — prosiguió Alfredo.

Oyóse un golpe de martillo en la mesa, y dos policías se encargaron de llevar a un banco a los dos detenidos, para que esperasen su turno.

Viéndose entre gentes de aspecto reservado, tan reservado como esas enfermedades cuyos peligros no se pueden precisar matemáticamente, Elisabeth se sintió embargada por una emoción extraña. ¿Era miedo o repugnancia?

Alfredo, por su parte, empezaba a encontrarle interés a la aventura; y dijo a Elisabeth, dispuesto a consolarla:

—No podemos quejarnos... Al fin y al cabo...

La señalaba con el dedo y se señalaba a sí mismo. Ella, no comprendiendo, repuso:

—¿Le parece a usted poco estar entre delincuentes?

—Yo... la verdad...

—¿Se alegra usted, acaso?

—A mí se me antoja que estoy en el cielo... teniendo un ángel al lado.

El halago fué del agrado de la interesada, y una sonrisa rompió el velo de tristeza.

—Es indudable que cada vez que la veo a usted

me ocurre algo — continuó Alfredo, animándose ante las sonrisas de Elisabeth, hasta llegar a reírse ruidosamente, como un niño grande.

—Es cierto... — asintió la joven.

—La primera vez que la vi, di de cabeza contra una apisonadora. ¡Qué gracia! ¡Ja, ja, ja!

—Sí, sí... Ya me acuerdo... ¡Qué golpe! ¡Je, je, je!

—La segunda vez tropecé con un árbol. ¡Qué contronazo! ¡Oh, oh, oh!

—¡Qué susto me llevé!

—Y la tercera vez... que es esta... ya lo ve usted: estoy en la cárcel. ¡Apoteósico!

Se reía sin cesar, contagiando a Elisabeth.

—¿Puede desearse algo más accidentado que nuestros encuentros? No se puede negar que el Destino tiene un sistema original para unir nuestras desdichas... — dijo aún Alfredo.

—Muy original... no cabe duda...

—El Destino es, a veces, un buen chico... Esta vez, por ejemplo... A propósito, ¿se acuerda usted de que el primer día que nos vimos, cuando usted me tomó el rostro en sus manos, para auxiliarme, al pie de la apisonadora, yo, sin querer, le arranqué unas flores que llevaba prendidas en la cintura?

—Recuerdo que las encontré a faltar en casa...

—Pues helas aquí... Durante los tres días que pasé delirando, tuve en mis manos estas violetas y los doctores no pudieron arrebátarmelas...

—Esto es como en una novela...

—Novela o no, yo le aseguro que las he seguido conservando como recuerdo de la joven más interesante que he conocido en mi vida...

—¿Dónde le han enseñado a usted a mentir tan bien?

—Los hombres tenemos fama de embusteros, pero ¡vaya! delante de unos ojos que enloquecen, no se miente, porque no es posible; sino que se suelta el dique de la sinceridad...

En su oficina, el jefe de policía se disponía por segunda vez a marcharse con su amigo el Coronel, que le estaba esperando impacientemente.

Pero la llegada de un aviso le retuvo aún en el despacho.

El militar ocultaba su malhumor, y el señor Lowden, para hacerse perdonar, pronunció breves palabras de satisfacción:

—Lo siento, mi querido amigo, pero tendremos que reducir el tiempo destinado a nuestro juego predilecto. Espérese unos minutos más.

Volvió a sentarse el Coronel, y el jefe de policía lo hizo a su vez detrás de su mesa, releyendo el aviso que acababa de recibir y que decía lo siguiente:

Debido a los numerosos robos que se llevan a cabo en su distrito, se le señala la conveniencia de redoblar la vigilancia, estableciendo la identidad de los extranjeros últimamente llegados.

Poco después, el señor Lowden salió de su despacho, entrando en el del comisario, y al ver a Alfredo, se felicitó de que éste, por su propia voluntad se hiciera también reo de la falta cometida por Elisabeth, pues de este modo también ingresaría en la cárcel, suprimiéndose de esta suerte un sujeto sospechoso...

En efecto, poco después, llamados a declarar, ni Elisabeth ni Alfredo pudieron escapar del castigo

de varios días de encierro, sin admitirseles el pago de una multa aunque crecida.

Alfredo se resignaba, pensando en la felicidad de estar en compañía de Elisabeth; mas su desengaño fué enorme al ver que los separaban para encerrarla a ella en una celda inocuada, y a él en la celda general, donde alternaban unos pintorescos ejemplares humanos capaces de apagar con sus rostros barbudos y sus miradas el propio sol...

Quiso protestar de aquella separación, pero hubo de conformarse con mirar a Elisabeth de reja a reja.

Para comunicarse con ella ideó un truco. Le mandaría un papelito, y para que éste llegase a su celda, se lo enviaría con fuerza por medio de una honda formada por una liga atada por sus dos extremos a sendos barrotos de la reja de su encierro. No había más que colocar el papel en el centro de la liga, por la parte exterior de la goma, pellizcar dicho centro por su parte interior, estirando la goma hacia atrás, y luego disparar en dirección a Elisabeth.

La operación tuvo feliz resultado, y la joven leyó en el papel de Alfredo la siguiente frase:

“Sería un gran placer para mí que aceptase usted que comiéramos juntos esta tarde.

Elisabeth sonrió a su admirador, y dispuesta a que supiese que aceptaba, le envió, sin que nadie la sorprendiese, la contestación, redactada así:

“Estoy encantada de comer en su compañía.”

Se invitaban como si estuviesen en una reunión de la que se marcharían cuando quisieran.

El papelito de Elisabeth cayó a los pies de uno de los presos repugnantes de la celda general. El zapato de la joven acompañaba la notita, a falta de otro

medio de transporte... porque no hubiera sido de buen tono que también ella se quitase una liga para transformarla en honda... porque hay cosas que están muy bien donde están...

El preso en cuestión se apoderó del lindo zapato, y encontrando en él la notita, la leyó, llegando a creerse el muy simple, que iba dirigida a su graciosa persona, sin tener en cuenta que sólo era recomendable para atemorizar a un perro rabioso.

Pero Alfredo, que esperó unos momentos la entrega por su compañero de encierro de la prenda de los bajos de Elisabeth con el papelito, se la quitó sin contemplaciones, y leído el asentimiento de ella, la estuvo contemplando largo rato, suspirando, sin importarle que otros presos se chancearan de él.

Un agente de policía, que había recibido en el canto de la oreja el primer papelito enviado por Alfredo, no pudiendo evitar que fuese a parar a manos de Elisabeth, fué a avisar al jefe de policía del modo de cartearse su hija con Alfredo.

El señor Lowden salió de su despacho, para poner fin a la conversación por vía aérea que sostenía su hija con el sujeto sospechoso, y se presentó ante ella tan inoportunamente, que el zapato de Elisabeth, conteniendo la nueva nota de Alfredo, y lanzado por éste con la honda, dió en su cabeza canosa, dejándole huella para días.

Ni que decir tiene que el jefe de policía enrojeció de ira, mucho más al recoger el zapato y leer en el papelito las siguientes palabras:

"Me encuentro divinamente en la cárcel. Ni su papá sería capaz de hacerme salir de aquí".

Eso era un reto intolerable, y para demostrarle que

él no hacía caso de las bravatas, el señor Lowden cogió a Alfredo por el cuello de la americana y lo puso de patitas a la calle, diciéndole una vez fuera de la delegación:

—Ya ve usted como he podido echarle a usted de la cárcel. Para que aprenda a hablar. ¡Y que no le vuelva a ver rondando a mi hija!

Alfredo maldecía su suerte. ¿Cómo no si cuando mejor se encontraba en la vida, encontrándose en la cárcel, le daban la libertad casi a patadas? No había derecho, vaya, a tratar a las personas felices de tan imprecendente manera.

Quería volver a la cárcel, para continuar su empezado idilio con Elisabeth. ¿Cómo lo conseguiría?

Meditando sobre el medio de reintegrarse a su celda-paraiso le encontró su amigo Jorge.

—¡Hola, Alfredito! ¿Adónde vas?

—Déjame tranquilo, te lo ruego... Una vez en la vida que pienso en algo...

—¡Demonio! A ti te sucede algo gordo... ¿En qué piensas, si se puede saber?

—¿Qué me aconsejas para que me encierren en la cárcel inmediatamente?

—Nada más fácil... Primero bébete unas botellas de *whiskey*... y después asesinas al primero que pase por tu lado, diciéndole: "Hace dos días que le estoy esperando para matarle". "Al fin llegó la hora anhelada. ¡Oh! Todo lo veo negro. ¡Qué oscuro está todo". De este modo habrá en tu acto la agravante de premeditación, por lo de los dos días de espera, y la de nocturnidad, por lo oscuro. Y te aseguro que te crecerá la barba en tu encierro.

—No me conviene. No se trata de matar a nadie,

—Pues si quieres otra idea, no veo otra mejor que la de asaltar un Banco. Esta ofrece la ventaja de que si logras escapar te llevas una fuerte suma para vivir sin preocupaciones.

Alfredo seguía pensando. Su amigo le resultaba un bruto, no comprendía por qué su corazón latía con tanta fuerza.

Acercándose lentamente al Banco, Alfredo, deteniéndose ante el cristal de la gran ventana del edificio, aceptó como inmejorable la ocurrencia de arrojar una piedra a dicho cristal, y lo hizo.

Un guardia acudió a comprobar lo ocurrido, colocándose Alfredo al lado, mirando los dos hacia la ventana.

El público se arremolinó ante el Banco, esperando la actuación del guardia.

Nadie sabía nada ni había visto nada.

Un empleado salió del Banco a todo correr, y preguntó al guardia quién había sido el autor del ladrillazo.

Jorge aseguró que nadie había visto nada, pero Alfredo, viéndose ya en la cárcel, declaró la verdad.

—He sido yo. Cumpla usted su obligación, señor policía.

Este iba a proceder en consecuencia, pero el empleado del Banco se lo impidió, llevándose a Alfredo al interior del establecimiento de crédito.

¿Qué iba a hacer con él? ¿Castigarlo por su propia cuenta?

Al llegar, seguido del policía y Jorge, al departamento de caja, Alfredo vió un hombre tendido en el suelo y con la frente ensangrentada.

¿Había cometido, involuntariamente, un crimen?

Por fortuna, el herido se levantaba ya, recobrándose de su desvanecimiento, y el director del Banco, dando pruebas de satisfacción, dijo a Alfredo mientras le estrechaba la mano:

—Ha sido un ladrillazo providencial. Este bandido se largaba con una cantidad respetable.

De consiguiente, Alfredo no pudo ser conducido a la cárcel, porque le había salido el tiro por la culata, muy a pesar suyo.

Y cuando Jorge esperaba que su amigo iba a darle las gracias por haber hecho lo posible para evitar que lo llevaran a la cárcel, Alfredo le apartó brusca-mente de sí, diciéndole profundamente disgustado:

—¡Me has fastidiado, estúpido! ¿Por qué persististe, antes de que saliera ese empleado del demonio, en decir al guardia que no había sido yo el autor del ladrillazo, sino un chiquillo en defensa del cual yo me había empeñado en salir?

—Vamos, Alfredo, no me hagas volver loco con tus extravagancias. Pero ¿es que te crees que yo me tragué la bola esa de que deseabas ser llevado a la cárcel?

Alfredo se separó de Jorge, y ya en la calle y a pocos pasos suyos la policía salía de una taberna y detrás de ella lo hacían unos veinte hombres con aspecto de pendencieros, borrachos, miserables o timadores.

—¿Qué es eso? — preguntó Alfredo a un transeunte.

—¿Qué va a ser sino una batida de la policía y los detenidos? ¿No ve usted el coche celular?

—¿Dice usted que los llevarán a la cárcel?

—Claro que sí.

Sin detenerse un minuto más en hablar con el desconocido transeunte, Alfredo se acercó al coche en el cual iban subiendo los detenidos, y dispuesto a ir con ellos, para ver a Elisabeth, se ocultó junto a la entrada de la taberna, y aprovechó una ocasión para unirse a los que iban saliendo, logrando instalarse, como todos ellos, en el coche.

Este coche se había detenido casualmente detrás mismo de dos caballos, razón por la que Alfredo creyó que era un coche de tracción animal, cuando no era sino un automóvil.

Al percatarse de su sensible error, manifestó con gritos el deseo de apearse, protestando de que le llevasen en *auto* a la cárcel.

Como no hubo manera de lograr que le atendiesen en su queja, cerró los ojos, y murmuraba para sí:

—¡Ya no tengo miedo a los automóviles! ¡Ya no tengo miedo a los automóviles!

Pero cada vez que abría los ojos y veía delante de sí como el coche celular se echaba, por decirlo así, sobre los otros coches, como si fuera a chocar con ellos, los volvía a cerrar, más muerto que vivo.

Al llegar a la delegación, saltó del automóvil el primero, quedando abrazado a un policía. Este creyó que intentaba escaparse, y le dijo, volviéndolo a la fila de detenidos, que iban entrando:

—¡No intente usted escabullirse!

—¡No, señor guardia! ¡Al contrario! ¡Quiero ser el primero en entrar!

Apenas lo hizo, Alfredo buscó a Elisabeth, pero encontró en la celda a un hombre de mala catadura. Extrañado, le preguntó:

—¿Dónde está la hermosa joven que ocupaba esta bombonera?

El preso le miró de pies a cabeza, escupió en el suelo, limpióse los labios con las manos, y contestóle:

—¿Y a mí qué...? Yo no soy una *eminencia* que



...vió a Elisabeth hablando con su padre a la puerta del despacho de éste.

lo sabe todo. Yo no sé nada. Yo no vi nada. Pregúnteselo usted a la *víctima*.

—Pero ¿qué dice usted, buen hombre?

—¿Bueno yo? ¿Se burla usted de *mengue*?

- ¿Qué quiere decir *mengue*?
 —¿Se ha quedado usted sin sangre alguna vez?
 —No recuerdo.
 —Pues apártese, y vivo, que puede que sí que se acuerde.

No estando Elisabeth en la cárcel, a Alfredo no le convenía quedarse. Preguntó, indagó. Todo en vano.

Le encerraron, y detrás de las rejas vió a Elisabeth hablando con su padre a la puerta del despacho de éste. Acababan de aparecer. El jefe de policía había sido vencido, una vez más, por una falsa promesa de su hija, y le devolvía la libertad.

Alfredo quiso gritar, pero no lo creyó prudente, pues el señor Lowden le hubiese oído y le constaba que hubiera hecho lo imposible por no dejarle salir de su encierro, a fin de que no siguiese a su hija. Prefirió esperar a salir con los demás presos una vez cumplido el arresto reglamentario, confiando en que la Providencia se apiadaría de él proporcionándole en seguida la necesaria libertad.

El jefe de policía pensaba haber terminado por aquel día, pero presentóse un nuevo tropiezo que retrasaría aun más el momento de ir a jugar al *golf* con su amigo el Coronel, que se derretía de impaciencia.

Ese tropiezo era la llegada del dueño del establecimiento donde habían sido detenidos los sujetos de poco simpático aspecto encerrados en la cárcel junto con Alfredo, que se había unido voluntariamente a ellos. Dicho propietario quería depositar una fianza para que se les dejase en libertad, y dió una relación de dichos detenidos.

El comisario de turno llamó uno por uno a esos sujetos, haciéndolos poner en fila.

Alfredo se mezcló con ellos, y al tocarle el turno dió su nombre, y como éste no figuraba en la lista, se apartó de la fila; pero antes que volver a la cárcel recurrió a la estratagema de cambiar su som-



...y recordándole de antes mandó que lo detuviesen...

brero de paja con un hongo gris de otro detenido, para volver a desfilarse delante del policía que actuaba de secretario.

—¿Cómo se llama usted?

—John Smith — respondió Alfredo.

—No consta este nombre en la relación de la fianza — repuso el policía.

—Sí que es raro... Mire si figura John Dick...

El policía miró a Alfredo y recordándole de antes mandó que lo detuviesen, pero él, dirigiéndose a uno de los detenidos, le dijo:

—¿No me recuerdas? ¿Verdad que yo soy de la partida?

—Sí... Estaba a mi lado en el coche celular — respondió el preguntado.

Ante lo dudoso del caso, Alfredo fué presentado al dueño de la taberna, que estaba en el despacho del jefe de policía, para ver si le conocía, a fin de dejarle en libertad como los demás.

El señor Lowden, reconociendo a Alfredo, deseaba que el dueño de la taberna negase conocerle, y así sucedió; pero aquél, echando mano de un billete de cien dólares, se lo mostró a dicho dueño, prometiéndoselo a cambio de salvarle declarando conocerle.

El propietario de la taberna, deslumbrado por el premio que le ofrecían, se prestó a la mentira.

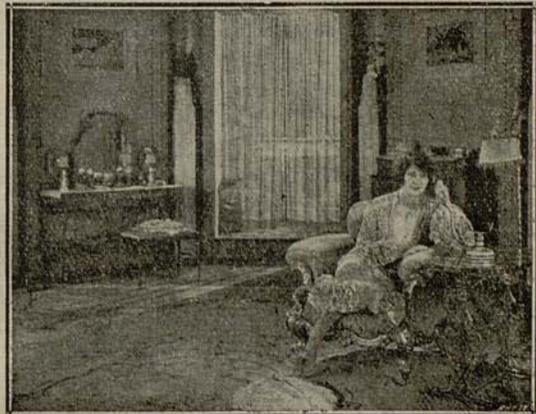
De ese modo pudo Alfredo recuperar la libertad, y aprovechando la ausencia del jefe de policía, que acababa de marcharse con el Coronel, para jugar, aunque fuese poco, al golf, entró en su despacho y telefoneó desde el mismo a Elisabeth, coincidiendo la respuesta de la joven con la reaparición de su padre en su despacho, para recoger las llaves que se había dejado olvidadas y que Alfredo hacía bailar en un dedo.

Al ver a Alfredo, el señor Lowden se detuvo

para escuchar lo que decía por teléfono, sospechando que estaba hablando con su hija.

Y oyó:

—¿Acepta usted la comida ofrecida para esta noche?



—Venga a buscarme antes de que regrese papá...

Alfredo vió en este momento al jefe, y se apartó rápidamente del teléfono. Entonces aquél apoderóse del aparato y escuchó la respuesta de su propia hija, que decía, muy contenta:

—Venga a buscarme antes de que regrese papá... porque seguramente nos estorbará el plan...

Indignado, le respondió:

—Seguramente que estorbará vuestros proyectos.

Elisabeth ahogó un grito de sorpresa, y su padre no pudo ahogar el que le hizo dar la devolución por Alfredo, que volvió sobre sus pasos, de las llaves que andaba buscando, las cuales, al caer en un tintero, salpicaron el rostro del severo jefe.

*
**

Ignorando que el señor Lowden estaba enterado de que Elisabeth iría a cenar con él, Alfredo se preparó para ir a buscarla a su casa antes de que hubiese llegado el jefe de policía.

Este hacía rato que había regresado a su hogar, y jugaba al *golf* en el salón, con el Coronel, pues se habían visto ambos obligados a hacerlo bajo cubierto porque llovía, ya que no se resignaba el militar a no jugar su partidita.

Mientras Elisabeth esperaba a Alfredo, recibió una nota redactada como sigue:

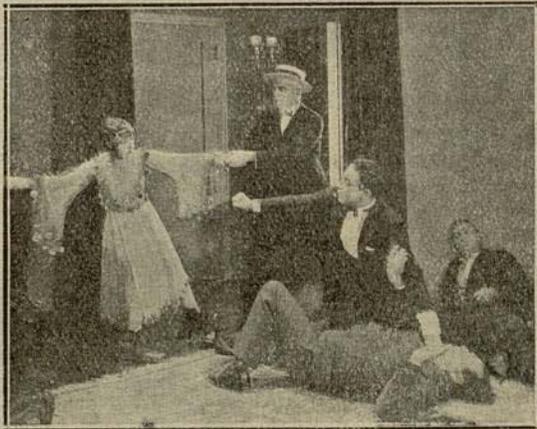
“Uno de sus amigos ha resultado herido en un accidente automovilista. Se le ruega acuda usted a la Avenida Palm, número 726”.

Suponiendo que se trataba de otro accidente ocurrido a Alfredo, Elisabeth no vaciló en acudir donde se le indicaba, con el portador de la noticia, y cuando llegó aquél a la casa, encontró en la entrada del piso un sobre cerrado que entregó al criado que salió a abrirle.

Alfredo preguntó por Elisabeth, pero como ella no estaba fué introducido en el salón, encontrándose frente a frente con el jefe de policía. Quiso huir, mas prefirió no hacerlo. Al fin y al cabo él no tenía que ocultarse por nada malo.

do que iba a salvar a su hija, salió detrás suyo, uniéndose a él todos los agentes de tráfico que encontró en el camino, resultando una persecución emocionantísima.

Y triunfó el amor, dando alas a Alfredo, que si



Varias veces Elisabeth fué arrastrada por alguno de los bribones...

bien estuvo a punto de matarse al volcar la motocicleta, también encontró un automóvil de carreras, del que se apoderó, permitiendo a Elisabeth, al ponerse al mismo nivel del automóvil en que ella iba, salvarse saltando al suyo después de haber hecho per-

der el sentido, dándole enormes golpes con botas de montaña, que se puso en la casa de los miserables, a cambio de sus zapatos, uno de los cuales, como se sabe, arrojó a la cabeza del cochero.

Y como el coche de carreras se alejó con la rapidez del viento de sus perseguidores, el señor Lowden se vió obligado a desistir de darles alcance, porque todo era ya inútil. ¡Elisabeth y Alfredo se querían! ¿Qué podía hacer él, por más padre que fuese?

Al llegar a un camino cerrado, Alfredo no leyó el cartel que avisaba el peligro, y el automóvil corrió serio riesgo de volcar. En vista de ello dijo Alfredo a Elisabeth:

—Cada vez que nos vemos ocurre algo... pero desde hoy no nos perderemos de vista para poder resistir mejor todo lo que sobrevenga.

Y así lo hicieron.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La grandiosa novela

Venenos de la dicha

(Reprise con gran éxito en el COLISEUM)

ASUNTO INTERESANTÍSIMO

Postal-fotografía regalo: BETTY BRONSON

"La Novela Semanal Cinematográfica" sale todos los miércoles

Precio: 25 CÉNTIMOS

SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS

Coleccione usted los sugestivos libros de la

BIBLIOTECA *Las Grandes Filmas* de

La Novela Semanal Cinematográfica

Titulos de los libros últimamente publicados:

El difunto Matías Pascal

La marca de fuego

Los Hijos de Nadie

Pescador de Islandia

La 8.^a mujer de Barba Azul

El Beso de la Victoria

La Corte de Luis XV

Próximamente: *Justicia Gitana*

por Dorothy Dalton